

CONTORNOS Y DINTORNOS DE LA INVESTIGACION Y DE LA ERUDICION (*)

Frecuentemente encontramos confundidas la investigación y la erudición hasta en autores preclaros. Como el esclarecimiento de nociones oscuras es un modo de alejarse del caos y acercarse al cosmos en el mundo de la cultura intelectual, me parece esfuerzo provechoso para un trabajador de la mente el de deslindar esos territorios, dedicando a tal obra algunos días, algunos conceptos y algunos vocablos.

I

Caracterismos muy varios diferencian a la investigación de la erudición.

La investigación es hija de la curiosidad. El ser humano se ha visto situado en medio de la tierra, y se ha preguntado qué es ella y qué es él, cuándo se le puso ahí por primera vez, de qué modo se le pone, por qué y para qué se le ha puesto, en qué momento la naturaleza es su amiga y en cuáles es su enemiga, cómo debe quererla y cómo combatirla y vencerla o darse por vencido. Todo ese movimiento en torno de lo que lo rodea produce en el hombre un afán de conocer, que si está dirigido por dotes de cierta capacidad para realizarlo se llama investigación.

(*) Trabajo aparecido en *Miscelánea de Estudios dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos*. La Habana, 1955.

La erudición nace de la memoria. El ser humano posee ya el conocimiento. Ha invertido tiempo y esfuerzo en adquirirlo. Sabe lo que vale. Por instinto de conservación no quiere perderlo porque equivaldría a perderse él mismo. Se lo agarra en reproducciones, en recuerdos, en «disposiciones». Cuando tiene prendas de cierta aptitud para verificarlo se denomina erudición.

Ya tenemos ahí las simientes de donde irán creciendo los dos tallos diferenciales de hojas, flores y frutos.

La investigación ataca el fenómeno. La erudición defiende el hecho.

El investigador acomete a las tres fases del tiempo: el pasado por reconstruir, el presente y el futuro. El erudito se atrinchera solamente en el pasado. El primero apunta para el «plus ultra». El segundo expresa: «non plus ultra».

El investigador es tipo de búsquedas; el erudito, de hallazgos. Aquél es un productor; éste, un receptor. El primero, crea; el segundo, repite. El uno propende a la originalidad; el otro, a la imitación.

El investigador se desenvuelve hacia la libertad; el erudito se envuelve en la autoridad. El primero ama el progreso; el segundo respeta la tradición. Caracterízase la investigación por revolucionaria; la erudición, por conservadora; y la una deviene romántica y la otra realista.

Una visión del proceso histórico desde el mirador de nuestro asunto nos pone de relieve que hay épocas en que el impulso creador conduce predominantemente a la investigación; y épocas en que el cansancio se asienta prevalentemente en la erudición. La Grecia de la Antigüedad es ejemplo de la primera. El Medioevo —sin preterir las revisiones críticas a que se le ha sometido últimamente— es ejemplo de la segunda.

El saber factual del *qué*, toca al erudito; el saber etiológico del *porqué*, y el teleológico del *para qué*, al investigador.

La intuición puede elevar al investigador hasta la cima del genio. El raciocinio puede sumergir al erudito hasta la sima del sabio.

Hay disciplinas contiguas que, al acercar al erudito y al investigador, sirven para, poniéndolos al lado, distinguirlos mejor. Así, en temas de lengua, la lingüística se nos presenta con la erudición de la letra y la filología con la investigación del espíritu. Si nos volvemos para una actividad tan subalterna pero al mismo tiempo tan particular como la del manejo de los sellos de cartas, podemos representarnos como investigador al que los dibuja y como erudito al que los colecciona.

El investigador tiene, por lo general, una actitud introvertida; el erudito, una extrovertida. La investigación desea adentrarse en el subsuelo del ser; la erudición quiere darle vueltas al meandro del parecer.

El investigador gusta de ordenar; el erudito, de hacinar. Aquél prefiere la sobriedad intelectual; éste, el hartazgo.

A la investigación puede estimársela como artículo de primera necesidad en la vida de la cultura; a la erudición como artículo de lujo.

Los eruditos llegan a ser muy egoístas; entre los investigadores se halla más altruísmo. Aquéllos se inclinan a una sensibilidad fría; éstos suelen mantener cierta emoción cálida.

El investigador tiende a ser flexible y relativista; el erudito, rígido y dogmático. No obstante, por lo común, el primero conserva una creencia, y el segundo se torna escéptico.

El investigador ve el conjunto; el erudito mira los detalles. El primero comprende el bosque; el segundo entiende de los árboles. El uno concentra; el otro dispersa.

El erudito aprende; el investigador comprende.

El erudito expone; el investigador explica.

La investigación usa el método inductivo; la erudición, el deductivo.

Al erudito podemos representárnoslo como un proletario de tareas; al investigador como un obrero de labores.

El erudito pertenece al mundo de la extensión; el investigador al de la intensidad.

Me parece que Hipólito Taine, sin proponérselo expresamente, dibujó una diferencia esencial entre el erudito y el

investigador cuando en su *Historia de la Literatura Inglesa*, dijo lo siguiente: «La concha y el documento son restos muertos y no valen más que como indicios del ser íntegro y viviente. Hasta ese ser hay que llegar; ese ser es el que necesitamos reconstruir». El erudito autonomiza la concha y el documento como si hubieran existido por sí mismo; es el investigador el que les devuelve su causalidad vital.

El investigador se asemeja a un viajero sempiterno; el erudito a un residente inmóvil.

Cuando la investigación se sedimenta en erudición, aquella retorna a sus excavaciones indagadoras. Ramón y Cajal refiere que, cuando era todavía un humilde médico recién salido de las aulas, se propuso publicar sus experimentos sobre la inflamación, y que uno de los profesores más distinguidos de la Universidad de Zaragoza, hablando a nombre de la intangibilidad de la erudición —interpreto yo— exclamó: «¡Pero quién es Cajal para atreverse a juzgar los trabajos de los sabios!» Y ello llevaba al descubridor de la neurona, párrafos adelante, a insinuar que prefería el exceso de audacia en el investigador que el de prudencia, rayano en beatería, del erudito.

Mientras a la altura de nuestros tiempos el erudito sigue solamente informándose, ya ahora el investigador se forma.

II

Acabamos de observar al erudito con su fuerza y al investigador con su maña como si estuvieran en pleno *round* arrojándose trompadas. Contemplémoslos ahora sentados en los dos ángulos del *ring*, durante los minutos de descanso, para examinar las condiciones y las circunstancias que pueden contrapesarlos.

Tanto el investigador como el erudito aman el conocimiento.

Tanto el investigador como el erudito tienen que contar con el marco del tiempo. No les es suficiente la inspiración

como al artista. No pueden prescindir del reloj y del calendario. Tanto el uno como el otro requieren paciencia.

La autoridad de la erudición y la libertad de la investigación son susceptibles de equilibrarse dentro de cierto orden, como en el ejemplo de Roger Bacon, lingüista, astrónomo y estudioso del pensamiento filosófico medieval a la vez que aplicador de la matemática a la física y fabricante de instrumentos ópticos.

Y tanto la investigación como la erudición han sido embestidas, para daño de la cultura, por ese engendro de la Revolución Mecánica que es el especialismo, pretense reductor del mundo, de la vida y de la humanidad, monstruo pleonéxico que se arrincona para consagrarse al sadismo y al masoquismo de destruir las relaciones. El especialismo ha contribuido no poco a falsear el espíritu de la investigación y de la erudición y a proclivearlas en diletantismo y pedantería. El especialista —con sus confinamientos, reclusiones, aislamientos, esquematizaciones rígidas y hermetismo, con su ausencia de sentido filosófico, con su partidarismo sectorial y sectario e intolerancia, con su enorme conocimiento de su artículo y su inmensa, enciclopédica ignorancia de todo lo demás, con su unilateralismo de círculo vicioso— es un preocupado, un verdugo de la investigación y de la erudición, un enterrador del saber, un destructor de la cultura y un desintegrador del espíritu humano. Pero hay más. No sólo paraliza todo eso, sino que, como Jacobo Burekhardt ha señalado, el especialista vuélvese paralítico también, y este autor, en sus *Reflexiones sobre la Historia Universal*, recuerda el caso de la obsesión de Buckle por los sermones escoceses de los siglos XVII y XVIII.

Nuestro José de la Luz Caballero, sugeridor que se adelantó a algunos autores en el arte de los distingos sutiles — aunque todavía no se le ha estudiado en este extremo—, comparaba a la investigación con la pintura *d'après nature* y a la erudición con el pintar por los retratos viejos. Del recipiente de su juicio extraigo la conclusión de que no deben des-

preciarse ni la una ni la otra, sino usarlas en su tiempo y lugar. Esa consecuencia la voy a convertir en consejo, si bien alterándolo. Estudiaré en seguida el lugar y el tiempo de la investigación y luego los de la erudición.

III

La investigación consiste en aplicar los procesos mentales de un modo metódico a la solución de problemas del espíritu humano para lograr conceptos verdaderos.

La investigación, como he recordado alusivamente antes, cuenta ya con sus técnicas. La más general consiste en ver, primero, lo que se conoce sobre el asunto que desea investigarse, para no malgastar energías y evitar recaídas. El segundo paso es —salvo en las matemáticas— elegir, de modo crítico, las fuentes. Estas las distinguen algunos tratadistas en espontáneas y artificiales. Las primeras, en las ciencias naturales, son los fenómenos que la naturaleza ofrece espontáneamente al observador, y las segundas las que se provocan con los experimentos; y en los estudios sociales las primeras son los antecedentes que se indican sin propósito preconcebido, y las segundas son las coleccionadas con tal objeto. El tercer paso es sacar el material, componer los datos. El cuarto y último paso es la conclusión, la síntesis final.

El método inductivo funciona, al investigar, desde el examen atento de las particularidades, a través de la hipótesis y la reflexión, hasta las conexiones generales de los fenómenos. Después que el investigador ha asimilado, entonces generaliza. Por lo tanto, la investigación se vale de los datos experimentales y de los principios y las leyes de la razón.

El investigador positivo ocupa lugar cimero en la jerarquía intelectual porque crea conocimientos, descubre verdades que impulsan el avance del espíritu y el progreso de la humanidad. Los grandes obstáculos que tiene que vencer desarrollan en él vigorosas calidades síquicas y cualidades morales: la volición, la energía, el dominio de sus pasiones y de las pasiones,

la sinceridad, la modestia, la tolerancia, el desinterés, el sentido de iniciativa... son los resultados de su tremenda lucha contra la naturaleza y frente a los demás seres humanos.

La investigación, desde el siglo XIX, ha pasado de individual a colectiva. Ha sobrevenido el equipo. La vocación desciende a profesión. Bertrand Russell, poniendo su poderoso pensamiento al servicio de una no menos poderosa imaginación, ha entrevisto que en los tiempos futuros un «último peldaño en la educación de los intelectuales de la clase gobernante consistirá en el entrenamiento para la investigación»; y de predicción en predicción vaticina que: «A la larga, la proporción de progreso científico disminuirá, y el descubrimiento morirá por respeto a la autoridad».

No obstante, yo caigo al lado de los que creen que las posibilidades de la investigación son infinitas. Me oriento para ello por el dictado de la claridad meridiana de la historia. La ley del progreso, cuya vigencia es discutible en el orden de la moral y quizás no existe en el de la política —ya que ésta no ha actuado sino por ciclos de regímenes— se cumple absoluta e imperativamente en el de la investigación, desde la Edad Paleolítica, cuando el ser humano discurrió que no debía solamente alimentarse con ciertos animales que cazaba sino observar sus costumbres y sus formas, hasta su esplendor en el mal llamado Renacimiento —mal llamado porque fue, además de eso, crecimiento y creacionamiento— que la dilató por todas las dimensiones de la naturaleza y de la cultura, al que se agrega después la Revolución Mecánica.

IV

Al entrar en el local donde estudiaremos la erudición aisladamente, lo primero que se percibe es algo así como mal olor a moho de humedad. Lo ha ido depositando a través de los siglos la crítica negativa, la censura, hasta determinar en los tiempos actuales un ambiente aprehensivo enfrentado con la erudición. Podría recogerse por lo menos un fraseario peyor-

tivo muy copioso contra los eruditos y la erudición. Me referiré tan sólo a los autores de relieve que me vienen a las mientes. El desfile lo inicia Heráclito, que ya aborrecía al coleccionador de hechos sin visión general ni comprensión. Lo sigue Epicuro, para quien el deseo de saber por saber no es más que simple vanidad. Marchan luego Descartes y los cartesianos que en general tenían a la erudición por nociva para los adelantos de la razón, y uno de aquéllos, Malebranche, la combatió dondequiera que apareciese: las disciplinas históricas, el humanismo... Baltasar Gracián reparó en ella un signo de cansancio y un síntoma de pedantería. Para Nietzsche, el instruido no pasaba de ser un hombre reflejo. Amado Nervo aconsejaba hacer lo que él tenía imaginado para sí: meterse a erudito cuando ya se hubiera perdido el talento. Nuestro Enrique José Varona fue especialmente pródigo en denunciar su escepticismo sobre la erudición con las aceradas ironías de sus últimos tiempos (1). Miguel de Unamuno recorrió toda la gama de colores

(1) He aquí 8 aforismos repartidos entre distantes páginas de su libro *Con el Estabón*:

«¡La cólera de los eruditos! Terrible y archicómica. No les discutáis sus teorías, si estimáis vuestra piel. Pero ¡es distinta de la ira de los teólogos, de los legistas y de todos los istas que creen saber algo a puño cerrado!»

«¡Qué sutil olfato el de los eruditos! Huelen lo rancio de un manuscrito apollidado; época de Demetrio, Poliorcetes, o de Tolomeo Evergetes. Y el ingenioso falsario se les ríe en las narices!»

«No hay obra anónima notable sin que los eruditos se empeñen en ponerle nombre de autor. Están siempre en el secreto. Como si los eruditos conocieran a cuantos escribieron y se ocultaron, o quedaron ocultos por obra del tiempo, de cuyo gran encubridor.»

«Las modas infestan a los eruditos, como a cada quisque. Pues ¿no han vucito a regodearse con los indigestos libros de caballerías? ¿Y con las insulsas novelas pastoriles? ¡Oh sesuda gente librerca, también te hace carantoñas la majadería humana.»

«Escaligero motejó a Montaigne de ignorante arriscado. Del ignorante nos queda el libro; del erudito el nombre.»

«Con qué fruición bucean los eruditos en el mar inmenso de lo pasado; con el escafandro de la fantasía registran su fondo cenagoso. Ya, ya dieron con la esmeralda de Polycrates. Parece un guijarro sobre el cual se ha espesado el limo de los siglos, pero es la esmeralda de Polycrates.»

«La erudición. Descubrámonos ante ella con gran respeto y mucho

feos de los que se dedican a la erudición: lo que hay en ellos de copia, de más bulto que claridad, de acumulación de falsas interpretaciones, de estudio contrario a toda originalidad, de evasión de la vida, hasta culminar su crítica en la creencia de que es más natural y legítimo el plagiarlo que el citador. Y Giovanni Papini ha roto todos los *records* de ataques a esa forma de actividad intelectual llamándoles «grajos» a los eruditos.

Ahora bien, ¿puede aceptarse ese desprecio así como así, y sin más ni más? Yo creo que no. Hay que someterlo a cierto discernimiento.

En primer término, nos debe poner en cuidado el fenómeno de que, a pesar de reprobaciones tan antiguas, duras y abundantes, la erudición haya subsistido, hasta convencernos de que borrarla del mapa del saber y la cultura equivaldría a la comisión de delitos de lesa antihistoricidad. ¿Cómo, sino incurriendo en tales herejías, se puede derrocar toda la sabiduría religiosa atesorada y difundida por sacerdotes eruditos en las escuelas sagradas de las culturas antiguas tan pronto se rebasó la etapa tribal, lo mismo en Egipto que en Babilonia, Asia, China, India, Persia, entre los judíos desde el siglo VII antes de Jesús, los griegos, los etruscos, los romanos, los galos, los mayas, los aztecas, los incas y los árabes bajo el Islam? ¿Cómo, sino cayendo en tal culpa, se puede destruir de Uruk —la Orchaé de los antiguos, la Warkah de los modernos— la biblioteca, más bien la ciudad de los libros fundada por el rey Sharguir, alrededor de la cual se agruparon tradiciones sacerdotales, se tradujeron libros, se comentaron en lengua semítica, y de todo ello salieron textos nuevos sobre el culto, la astronomía, la gramática y la legislación? ¿Cómo, sino efectuando tales quebrantamientos, se puede eliminar de la Gre-

escepticismo. Usa buenos cristales; pero siempre están empañados por el vaho del tiempo.»

«Los eruditos no pasan por imaginativos. Sin embargo, ¡cuánta fantasía se gastan! ¿Origen de la tragedia? La carreta de Téspis. Allí estaban ellos, con notario y maquinista de escribir.»

cia clásica toda la época alejandrina con sus eruditos anticuarios? ¿Cómo, sino realizando tales violaciones, se puede arrancar de Roma la figura de Varrón con su Enciclopedia latina, arquetipo de los tratados del Medioevo sobre las artes liberales, y la de Plinio con su Historia Natural, basada en dos mil obras de 326 autores griegos y 146 latinos? ¿Cómo, sino dentro de esa circuncirca criminosa, se pueden disolver las condensaciones eruditas que en la Edad Media dieron en titular *tesoros*, así como también aniquilar la Escuela de Traductores de Toledo y casi toda la filosofía escolástica; acabar con la mitad, por lo menos, y nada menos, que del alma humanista del Renacimiento, sobre todo del más guiador y representativo: el italiano; desprender del marco de la Reforma la significación de Erasmo; reducir a polvo la Enciclopedia francesa; arrasar el empeño de erudición que se ha efectuado desde las postrimerías del siglo XVIII y a lo largo del XIX en muy varias disciplinas: la filosofía, la lingüística, el derecho, la arqueología, la etnografía, la historia...; exterminar a todo un gran país durante la centuria décimonona y el primer tercio de la vigésima: Alemania?

Esas premisas de correría por la historia nos permiten concluir que ha persistido la erudición como una suerte de necesidad inmanente en el saber y en la cultura. La erudición ha sido y es posible porque, en definitiva, allá en lo más íntimo de su núcleo causal, su misión consiste en perpetuar la tradición y hasta la ley de causalidad, en responder al principio cósmico de que una cosa viene de otra, de que nada empieza de la nada. La investigación tuvo que preceder a la erudición ya desde las cavernas; y queda dicho antes que de la segunda no hay noticias hasta después de los tiempos tribales; pero en expresión a la vez más simbólica y decisiva podría decirse que el padre y la madre son a la naturaleza humana como la investigación; pero que el hijo que los hereda y conserva ya es la erudición. ¿Y es posible que una cosa de entidad haya durado así, nunca inclinada a lo positivo, siempre ladeada hacia el mal, como han opinado tantos autores? No. La más pura eru-

dición conduce a la seguridad, a la precisión, a la certeza, acerca y aleja del error. La fidelidad y la honradez son virtudes de la erudición más genuina.

Esas bondades de la erudición debíamos saber que estuvieron reconocidas siquiera desde el año 1642, porque ya entonces Gracián escribió en su *Agudeza y Arte de Ingenio* sobre la estimación que ella puede alcanzar cuando es menos uniforme y más variada, cuando es oportuna; cómo su elevación puede hacerla agradable; cómo puede sustanciar, favorecer, dar sabor y gusto, fecundar y contener a la literatura; cuál es la manera más hábil de aplicarla.

Y desde 1818 nuestro P. Félix Varela, en sus *Lecciones de Filosofía*, daba rectos consejos para proporcionarnos una buena erudición. Admitiendo el parecer ajeno aceptaba que debe buscarse el mérito de los libros estimables por la lógica disposición del plan, la solidez doctrinal, el estilo claro, breve y preciso y la congruencia con el fin concebido. La lectura es conveniente que sea moderada. Al leer una obra interesante no ha de omitirse ni aun lo que parezca menos útil, pues muchas veces depende de esto el que se comprenda su doctrina. En libros coherentes no es provechoso pasar adelante sin entender lo que se lee, de hacerlo posible en todo momento el autor. Los principiantes no es oportuno que lean las obras muy extensas de manera seguida, sino que les den el papel de diccionarios o libros de consulta; pues el tiempo que inviertan en ellas lo aprovechan mejor en publicaciones más cortas; y solamente cuando ya estén algo versados es que podrán entregarse a aquellas lecciones para distinguir los tópicos conocidos de las ideas originales. El lector debe acotar, para que se le facilite en otra ocasión la búsqueda de los pasajes centrales o más interesantes. Y, por último, importa trasladar a cuadernos de apuntes los extremos más esenciales de cada autor y clasificarlos por materias.

Pero sentado eso, Gracián no niega la presencia cuantiosa de libros eruditos de almacén, farrago y hacinamiento; ni el P. Varela tampoco oculta la de personas que miden el valor

de las obras por los títulos pomposos, por el volumen, por el precio, por la escasez, por el lugar en que se escribieron, por la época de su publicación; de las personas que se jactan de tener muchos libros aunque no los entiendan, de las que repiten nombres de autores y citan especialmente obras raras, de las que devoran páginas sin comprenderlas.

¿Qué es lo que ocurre? Pues algo tan simple, sencillo, claro y conocido como que hay una erudición mala y una buena. ¿De dónde brota la primera y de dónde emerge la segunda? Después de meditar un poco por mi cuenta sobre la cuestión yo he concluído que todo procede de la ubicación mental que se asigne a la erudición. Cuando se la convierte en un fin en sí misma, le revientan todos sus morbos vesánicos. Cuando se le contiene en su ajustado papel de medio para otros fines, es un vehículo excelente para trasladarse al saber y aun a la cultura.

Veamos las maldades que engendra la erudición como meta.

Supongamos delante de nosotros al erudito por sí y ante sí, en su torre de marfil, inclinado sobre los libros o los objetos raros, declinado de la sociedad, insensible a lo humano, carente de vibración vital, avariento, acaparador, recordándonos, ora al Hermágoras de La Bruyère, que conocía el nombre de los arquitectos de la torre de Babel y ni una sola vez había ido a Versailles, ya al monje que en el dibujo de Gustavo Doré sostiénese absorto en su lectura cuando Bizancio se está desplomando, bien la frase de Maurice Barrés; «Si, todo lo sabe; pero no sabe más que eso». Ya lo hemos visto en su manía antinatural de deglutir el conocimiento, sin masticarlo ni ensalivarlo. ¿Qué va a pasar ahora? Pues yo les propongo a los lectores que transitemos de la observación a la clasificación, aplicando a nuestra crítica ciertas categorías de la Mecánica que nos darán tres tipos de eruditos.

1º Puede ser que el erudito se aferre tanto a la tradición que llegue a negar del todo y por todo la ley del progreso. Hombre de naturaleza débil, sin firme creencia en las in-

gentes facultades creadoras de la especie humana, escéptico, los objetos que acumula pueden más que él, lo abruma, lo hacen apático y lo llevan al asentimiento de que todo está pensado, dicho y hecho ya. El no puede añadir nada a la cultura. Estamos tropezando ahí con el anticuario, el coleccionista, el políglota, el bibliómano, es decir, con el erudito inerte, con la inercia en la erudición.

2º Puede ser que el erudito traspase del objeto al dibujo, al grabado o la fotografía, de la lectura a la acotación, la ficha y el ordenamiento de notas; pero, ya no escéptico, sino dubitativo de sus fuerzas, o demasiado responsable, o deseoso de agotar la materia y detenido ante la carencia de algún dato, o no queriendo que otra persona lo supere o lo censure, no llega a escribir o a publicar. Aquí nos encontramos con el preparador de obras y el bibliótafo, o sea, con el erudito estático, con la estática en la erudición.

3º Puede ser que el erudito, lleno de osadía, se lance a publicar libros. Lo que a él le interesa principalmente es demostrar que ha manejado muchos materiales. Ese aparato de mostración es la única característica de su capacidad. No sé si puede llegar a tenerse como un procesalista del saber. (No he pensado bastante sobre ese extremo). Llena libras de páginas de papel con fechas, noticias, nombres propios por secundarios que sean, transcripción *ad pedem literae* de textos, multiplicación de llamadas, sin someter esa balumba a ningún criterio, a ningún raciocinio ni a ninguna revisión formal, engomándola a ratos con llanas paráfrasis como en trasiego de serventía. Los primeros en recibir, por obligación, esos lingotes son los operarios de la imprenta, los cuales, no pocas veces más inteligentes que tales autores, se sorprenden de leerles originales enteros sin una sola corrección, indiferencia al redactar de que no adolecen ni los escribanos. Más tarde, ese alud prolijo, denso, árido, sin gracia literaria y hasta sin corrección gramatical, temerariamente cae sobre los lectores, en unos casos para que el tedio los haga huir de tales publicaciones, en otros para que los ahuyente y aisle quizás para siempre de los

libros, perjudicándose así la gran causa de la cultura intelectual. El lector y el alumno cubanos perciben con claridad esa atmósfera de confusión y califican con aguda certeza a los que la aspiran de *tupidos* y a los que la respiran de *tupidores*. Quién sabe entonces esa «mula de acarreo» —como le llamaba cierta crítica española al tratadista Adolfo Posada— ha logrado su propósico consciente o subconsciente, que no es el de ser leído, sino temido por sus librotes —a manera de ladrillos que pueden tirarse contra la cabeza de las gentes— y admitido como de modo coactivo, *a la brava*, en la grey de los intelectuales. El alarde de conocimientos forma parte del equipo imprescindible de este grupo de erudición. Ese erudito es un Don Juan intelectual. Su afán es el relleno. De esa droga no se libró ni Marcelino Menéndez y Pelayo —que poseía otras virtudes de crítico y de artista de las letras como es sabido— cuando en una de sus mejores obras, la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, dedicó de sus nueve tomos casi todo el primero, gran parte del cuarto, todo el séptimo, el octavo y el noveno a detenerse en estetas que, por no ser españoles, estaban fuera de su propuesto tema anunciado en el título.

Rémy de Gourmont establecía esta división entre los escritores: los que escriben y los que no escriben. Yo opino que podría complementársela con esta otra: escritores que pueden ser publicistas; publicistas que no han sabido ser escritores. El caso de los eruditos en gramática, que por lo común escriben en prosa pésima, es muy significativo, y merece un estudio aparte.

Pero el que sí no puedo diferir es el de otra subsección de esta tercera clase de simples eruditos: la de los simuladores, quienes añaden a su nativa incapacidad para asimilar el conocimiento, la pereza mental que los arrima al menor estudio posible, torciéndose hacia lo más concreto o lo menos complejo. Estos ni pueden producir en la mente ni quieren remover la mano. Fue para acusarlos que publicó José de Cadalso las magistrales páginas ingeniosamente irónicas de su célebre obra *Los eruditos a la violeta*, descubriendo a los que pretenden in-

troducirse en la república literaria con el «aparato artificioso» del poco estudio y la apariencia del mucho saber, poniendo de manifiesto a esos pseudo-eruditos para evitar que los ignorantes los confundan con los auténticos valores de la sabiduría.

En nuestros días, a ese tipo de erudito precipitado, superficial y falso lo excitan muy varios medios de información rápida y momentánea —los pequeños diccionarios, los vademécums, los magazines dominicales de los grandes rotativos y las revistas de retazos— que lo hacen descender hasta el vulgarizador de préstamo o de segunda mano. En esta subelase los hay que no se conforman con engañar por escrito, sino que también quieren hacerlo oralmente. Pero al cabo se llevan su merecido, porque también se da el hecho de que llegan a tener oyentes con más penetración que ellos. Este caso lo ilustraré con el relato de un episodio.

En cierta ocasión uno de tales rapsodas convocó al público a la lectura de alguna de sus faramallas. Con énfasis fanfarrón fue leyendo aquello. Al terminar, un hombre anciano del pueblo, sentado en primero fila, le dijo a un publicista que tenía a su lado: «¿Quién es el autor de ese trabajo?» El publicista le contestó: «Fulano de tal. ¿No lo conoce? Yo puedo tener el gusto de presentárselo.» —«No —le rearguyó el desconocido—, al que usted quiere presentarme es el lector; yo le pregunto por el verdadero autor». Ya entonces el publicista rio a carcajadas la ocurrencia. En efecto, lo leído constaba de 181 párrafos en los cuales 122 pertenecían a la figura sobre que versaba, y los 59 restantes no eran más que empataadores de aquéllos. Y mientras, por un lado, tal copiadador procuraba justificarse con el pretexto a que siempre se asen los de su raza («he tratado de dar a conocer a... con sus propias palabras»), por otro lado del salón se oía el siguiente ingenioso y sarcástico comentario: «Esto ha sido una verdadera casa de citas...»

A los que publican con tanto exceso irresponsable, podemos denominarlos eruditos dinámicos o representantes de la dinámica en la erudición.

Ahora bien, no siempre la escueta erudición está recargada de tejido adiposo. Hay que distinguir, a mi juicio, entre la mera erudición y la pura erudición. Hay el erudito de compilación y de catálogo, que es equilibrado, sincero consigo mismo y con los demás, que no quiere engañarse ni engañar, y que resulta muy útil. Y es esa erudición documental o bibliográfica la que está orientando muchas veces la instrucción discreta, catada, espiritualmente alimentadora y sabrosa, que no harta ni empalaga, sino que, al mondarse y condimentarse por el juicio y la idea, produce la obra nueva del crítico y el pensador. La erudición está como combustible debajo de la llama inquieta y calentadora de ensayistas como Enrique José Varrón, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset o de sugeridores como Eugenio D'Ors, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez y Medardo Vitier, y sin embargo no se la ve.

La erudición, si no es artilugio de soliloquio mágico o calco manual, es arte aplicado de selección, bien destilándola interpretativamente, bien colocándola como adorno sobrio y sintético.

V

La investigación y la erudición han encontrado su mejor laboratorio en la historia.

Ittopín era, para los jonios del siglo VI antes de Jesús, *investigación*, o quizás más propiamente *indagación del conocimiento y la verdad*. Ya en ático ittopía significaba *pesquisa, exploración*. Herodoto comenzaba el libro primero, titulado *Clío*, de los nueve de su Historia, diciendo: «Esta es la exposición de las *investigaciones* (2) de Herodoto de Halicarnaso...»

Ya el vocablo erudición es posterior, proviene del latín, eruditio-ōnis, que significa *doctrina o enseñanza*, y procede más

(2) El subrayado de esa palabra, para la letra bastardilla, es mío.
— E. E.

originariamente de erudio, o sea, privar de rudeza. Varrón, en sus *Antigüedades Romanas*, fue propiamente el primer erudito de la historiografía.

Esa corriente se acentuó con los historiógrafos humanistas del Renacimiento —Blondus, Sigonius, Ammirato, Melancthon...— y con los benedictinos franceses de Sain-Maur en el siglo XVII.

El siglo XVIII comenzó a pensar que la investigación y la erudición, sin la crítica, dejaban a los hechos y a los documentos en el escalón de la crónica, propio para el entretenimiento cuando viene salpimentada por la amenidad literaria.

El siglo XIX añadió, con la filología, la interpretación del espíritu de cada tiempo, y con la filosofía, el pensamiento sobre la cultura.

Desde el siglo XIX, para *in crescendo* en el XX, la historiografía se ha ido elevando a historiología. No hay esfuerzo más complicado en la producción intelectual que el del historiólogo, pues él es: investigador que busca + erudito que colecciona y clasifica + crítico que comprueba y discierne + filólogo que interpreta + literato que describe y relata + filósofo que piensa. ¡Cómo admiramos esa diversidad de procesos mentales y esa integración del conocimiento en un Renán o un Spengler!

VI

Despidámonos compartiendo el siguiente dictamen de Pascal: «La entera sucesión de los hombres a través de las edades se puede considerar como un solo hombre que vive siempre y está aprendiendo siempre».

ELIAS ENTRALGO

